

5.5

DISCURSO

PRONUNCIADO

EN EL SOLEMNE ACTO DE ADJUDICAR LOS PREMIOS

Á LOS ALUMNOS QUE MÁS SE HAN DISTINGUIDO

DURANTE EL CURSO DE 1874 Á 1875 EN LAS CLASES DE LA SOCIEDAD TITULADA

LA ILUSTRACION NUMANTINA,

POR

D. JOSÉ RODRIGO TARACENA,

PRESIDENTE DE LA SECCION DE ENSEÑANZA DE DICHA SOCIEDAD.



Soria.—Imprenta Provincial.

1875.

DISCURSO

PRONUNCIADO

EN EL SORLENSE AÑO DE ABRIL DE 1875

A LOS ALUMNOS QUE MÁS SE HAN DISTINGUIDO

EN EL CURSO DE 1874 A 1875 EN LAS CLASES DE LA SOCIEDAD LINGÜÍSTICA

LA ILUSTRACION MEXICANA.

POR

D. JOSÉ RODRIGO TARACENA,

PRESENTE DE LA SECCIÓN DE ESPAÑOL DE DICHA SOCIEDAD.



Sección—Imprenta Provincial.

1875.

SEÑORES:

Jamás este sitio, puedo decirlo sin falsa modestia, habrá estado ocupado por persona que reúna menos títulos que yo, para desde él presidir esta solemnidad científica y con este motivo desde él dirigiros la palabra. En otras ocasiones, en años anteriores este sitio fué ocupado por ilustradísimos presidentes; y, en días parecidos al de hoy, con el decurso del tiempo, le ocuparán otros de tales dotes, que ciertamente yo, seguro de mi escaso valer, hubiera declinado, á ser posible, la tan honrosa como difícil carga de seguir á los primeros y de preceder á los segundos. Pero el sincerísimo afecto que me profesan sin duda, y que yo en el alma les agradezco, los señores socios activos de la seccion de enseñanza de LA ILUSTRACION NUMANTINA, hizo que, al renovarse la Junta de Gobierno de la indicada seccion, se acordasen de mi modesta personalidad y que me invistieran con esta honrosísima á la par que para mí inmerecida presidencia. Y como mi deber entónces era, de un lado no ser indi-

ferente á los ruegos de la amistad, que no podemos desoir los que nos preciamos de no en valde tener el corazon en el pecho, y que me instaban á que aceptase tan inmerecida distincion; y de otro lado, no esquivar el trabajo que pudiera proporcionarme semejante honroso cargo, porque como sócio, y como tal interesado en pró del sostenimiento y progreso de nuestra institucion, estaba obligado á soportar, de ahí la causa de hallarme hoy en vuestra presencia ocupando este sitio; de ahí la causa de que quizá, señores sócios, como primera expiacion de vuestro irreflexivo cariño por mí al nombrarme para un puesto superior á mis fuerzas, no podais oir hoy como en anteriores años, de gratisima recordacion, un discurso que os instruya y que os deleite; y de ahí tambien, por fin, la causa de que esos aventajados jóvenes que han sido premiados no escuchen en mi discurso las sublimes ideas que acerca de «las ventajas de la ilustracion en general y del amor al trabajo» se han escuchado aquí otras veces, y sobre las que yo tambien, aunque brevemente, voy á disertar esta mañana.

Y al encontrarme en situacion tan crítica, en circunstancias tan desventajosas para mí por el recuerdo que todos teneis de igual día en anteriores años; al encontrarme, digo, en esta situacion, despues de haber revuelto mucho en mi cabeza lo que he de decir al objeto que ya he indicado, sin parecerme nada suficientemente digno de las personas todas que han de escucharme; al apreciar, en fin, en la ocasion presente el atrevimiento que hasta cierto punto revela el verme en este sitio, echándome en brazos de vuestra benevolencia, no hallo para excusarlo todo, sino parodiar unas palabras pronunciadas en una ocasion solemnisima, en la más solemne acaso que han conocido á mi entender los siglos.

Eran los primeros albores del gran prólogo de la época contemporánea: la Asamblea nacional francesa se había reunido. Era la célebre noche del 4 de Agosto de 1789: la nobleza, el clero, lo llamado entonces tercer estado estaban formando una Constitución para la Francia. Todos los días, y especialmente en aquella noche, llegaban noticias alarmantes: los pueblos de los campos se levantaban y se armaban contra los viejos castillos feudales, no para destruirlos y saquearlos, sino para quemar los antiguos archivos donde se custodiaban los títulos de los odiosos privilegios que condenaban á los pobres vasallos á ciertas y odiosas prestaciones, baldon muchas veces de la humanidad y la moral. Entónces todas las personas allí reunidas, los nobles y los prelados, como movidos por una chispa eléctrica, como si la generosidad hubiera tocado en un instante todos los corazones, se levantaron á abandonar en favor del pueblo todas sus exenciones y privilegios, la *Taillavitte*, la *Mainmorte*, la *Corvée*, los derechos feudales todos que pesaban sobre extensos territorios. En medio de esta explosion de entusiasmo, un noble, llegado sin duda del fondo de alguna provincia, y cuyo nombre por lo oscuro apenas registra la historia, alzó su voz débil y como avergonzada, y dijo con modesto acento: « Yo no poseo ricos y pingües derechos, inmensos dominios y grandes privilegios; yo no poseo más que el *droit de Colombier*, el derecho de que mis palomas, libres en toda época, se arrojen sobre el monton de grano que el labrador reunió con el sudor de su frente: ante el altar del bien público, en el ara de la patria, donde tan ricas ofrendas se han presentado, no puedo sacrificar más que, como el poeta latino, un pajarillo.»

Pues bien, Señores, los brillantísimos discursos



que se hicieron escuchar aquí otras veces, las notables peroraciones de mis dignos antecesores, bien pueden equipararse á los pingües derechos de los opulentos nobles y prelados, ofrecidos á LA ILUSTRACION NUMANTINA, á la ciencia y al saber en pró de su progreso y adelantamiento; el que yo voy á pronunciar, yo, venido aquí como á la Asamblea francesa el modesto noble de quien no há mucho me ocupaba, de modestísimo rincón de esta sociedad, de este Ateneo; el que yo voy á pronunciar; yo que, como ellos, tambien deseo que el noble instituto de la sociedad de que formamos parte se conserve incólume realizando su elevado fin; el que yo voy á pronunciar hablando como ellos acerca de las ventajas de la ilustracion en general, del amor al trabajo y de esta clase de instituciones como LA ILUSTRACION NUMANTINA, no será en comparación de los que oísteis en años anteriores sino un pequeño óbolo depositado en el altar de la ciencia y el arte al que nuestra sociedad consagra todos sus preces. Y este óbolo será pequeño porque no puedo aportar á esos altares las ricas ofrendas que por otros se aportaron; porque no puedo llevar á ellos grandes conocimientos, que los míos son, por desgracia, bien escasos; porque no puedo tener, para juzgar con acierto la trascendental cuestion de que voy á ocuparme, la experiencia y el recto criterio que mis pocos años no han podido prestarme todavía; porque no puedo ofrecer sino mi convicción, mi fé, mi entusiasmo por todo lo que á la ciencia y al arte y á su adelantamiento se refiera; porque no puedo ofrecer, en fin, sino mi deseo de haber intentado algo por cumplir los deberes del cargo conque un día me honrasteis. Acepten, pues, este modesto tributo todas las personas que me escuchan; acéptenlo esos jóvenes que han sido premiados; aceptadlo vosotros los que me

elevasteis á este sitio; acéptelo LA ILUSTRACION NUMANTINA, porque es lo único que yo á todos puedo ofrecerles, porque es lo único que yo puedo presentarles, porque es, Señores, *mon petit droit de Colombier*.

Y dicho esto, entro en materia. En una obra literaria debida á uno de los primeros talentos de nuestro siglo; en un libro monumental traducido hoy del castellano á casi todas las lenguas que se hablan en Europa, y en el cual al correr por sus páginas la vista no se sabe qué admirar más, si la galanura del lenguaje, ó la rica fantasía de su autor, ó el profundo sentir que encierran las filosóficas ideas esparcidas por todo él, que de todo ello en abundancia contiene, se afirma, con gran acierto á mi juicio, que la muerte equipara á todos los hombres en los profundos senos de las tumbas, y que en su voracidad insaciable no perdona ni áun las cenizas de los muertos, que metamorfosea y descompone. Recorre el autor de la afirmacion y del libro los hombres que más se han distinguido bajo uno ú otro aspecto en el trascurso de los siglos, y, tratando de demostrar hasta la evidencia su aserto, nos dice que, si bien es verdad que todos ellos cuando sus cenizas estaban agrupadas sobre su esqueleto, cuando la sangre hirviente los regaba, cuando las entrañas, como otros tantos hornillos, mantenian el calor de la vida; que si bien es verdad que cuando estaban en tales condiciones, con su valor, con su talento, con sus sublimes y filosóficas elucubraciones soportaban el peso del cielo, regulaban á su placer el mundo y dirigian la humanidad con sus valerosas espadas, con su elocuente palabra, con su infatigable actividad, no es ménos cierto que para esos

hombres de tan gran valía, lo mismo que para los más ineptos y envilecidos, llega un día que, confundidos unos con otros, son unas cuantas capas de polvo amontonadas sobre otras capas de polvo, donde se pierden y se borran los césares y los tribunos, los vencedores y los vencidos, los romanos y los bárbaros, los señores y los esclavos, los sábios y los estúpidos, los ilustrados y los ignorantes, hasta tal punto que las cenizas de unos y otros, lo mismo las de Alejandro que las de Ciro y las de Darío, lo mismo las de Platon que las de Aristóteles y de Demóstenes, lo mismo las de César que las de Cincinato y de Camilo, lo mismo las de Ciceron que las de Justiniano y de Cayo, lo mismo las de Cervantes que las de Calderon y de Lope, lo mismo las de Jovellanos que las de Shakespeare y de Molière, lo mismo las de Kant que las de Krausse y de Balmes, lo mismo las de Rafael que las de Miguel Angel, de Rossini y de Meyerbeer, y las de otros tantos hombres que han brillado en las diversas manifestaciones de la humana actividad y del humano espíritu que las de los hombres más estúpidos é ignorantes, ruedan confundidas en el polvo barrido por el aire, matizan ténuemente las alas de la mariposa, ó se dilatan revueltas unas con otras por las fibras de la hierba que siega con su afilado diente la salvaje cabra.

Pues bien, Señores: si tal afirmacion, desenvuelta en estas ó parecidas palabras por el renombrado escritor de quien la copio, es completamente exacta en lo que á lo material y tangible se refiere; si bien es cierto que lo mismo el hombre sabio que el ignorante llegan á confundirse uno con otro en el seno de la madre naturaleza, sin que destaquen lo más mínimo las cenizas del uno de las del otro; si bien es innegable que lo mismo á los ilustrados que á los

estúpidos les llega un día en que sus restos no pesan más los de los unos que los de los otros en la balanza de la gravitación del globo, no es ménos cierto que, á pesar de todo esto, que, á pesar de este irrecusable testimonio de la igualdad humana, sin embargo, del paso de los unos por el mundo queda algo; del paso de los otros queda, Señores, la oscuridad en que les sumergiéra su ignorancia. Los sabios, los ilustrados, los que fueron amantes del trabajo y del saber dejan de su paso un rastro que jamás se borra, una estela luminosa que no extingue sus fulgores ni aún en las mayores y más oscuras crisis de los tiempos: dejan sus obras, objeto de la admiración de las generaciones que les suceden; dejan sus preclaros nombres, que sirven de poderosa égida y lábaro santo que guía y presta auxilio á los que les siguen en la árdua empresa de la ciencia y del saber, esculpidos en mármoles ó escritos con letras de oro en el gran libro de la humana historia; dejan, en fin, Señores, en pos de sí lo que más debe satisfacer al hombre dejar al abandonar el mundo, á saber: inmarcesible gloria. Ahí teneis, primera y esencial ventaja del ilustrado sobre el que no lo es, del que por su aplicación y por su amor al trabajo se eleva sobre el nivel comun de los hombres: la de alcanzar la gloria, satisfaciendo así una de las primeras y más imperiosas exigencias del corazon humano, en el que está incarnado el espíritu de proselitismo y el deseo de la inmortalidad.

Importa poco que la época en que se viva no haga justicia á sus hombres; importa poco que la gloria empiece despues de muerto para el que en pos de sí la arrastra; importa poco, por más que sea una triste decepción, el que generaciones subsiguientes hayan de tener que venir á reconocer el valor y el mérito de los hombres que no supieron apreciar las

generaciones que vivieron á su lado; importa poco, Señores, que Cervantes no cenára cuando concluyó el *Quijote* y que Colon muriese en misera buardilla; importa, digo, muy poco todo esto, jóvenes que habeis sido premiados, si llegais á ser sabios ó ilustrados, si por vuestro valer mereceis legar á vuestros descendientes y á vuestra patria un nombre ilustre, pero ilustre por el saber, por la ciencia ó por el arte, que sea para ellos justo título de legítimo envanecimiento; no os arredre, digo, para tratar de conseguir ésto la idea de que vuestros contemporáneos no os rindan el justo tributo de su admiracion y su respeto, que si sois acreedores á él, ya os lo rendirá la historia. Si durante vuestra vida la humanidad aprecia vuestro mérito, y al morir ya desde luégo podeis legar como Newton, como Guttemberg, como Franklin y otros tantos, á las generaciones que os sucedan, la gloria de prodigiosos descubrimientos; si ántes de morir podeis enorgulleceros con el orgullo legítimo que yo admito; es más, con el orgullo á que el hombre tiene derecho, con el noble orgullo de ser eminente en algo por vuestro incesante esfuerzo, por vuestra solicitud en el trabajo, mejor que mejor. Pero si en vida no podeis experimentar tan dulce goce, no os importe, vuelvo á repetir, que hay un más allá despues de esta vida; que hay otra, no lo dudeis, que hay una mansion pacífica y serena donde el alma se espacia sin fin en lo infinito y desde donde no puede ser indiferente cuanto lleva el sello de este mundo para los que por él pasaron. Y desde allí, desde aquellas tranquilas regiones, á través del sepulcro donde yazean yertas vuestras cenizas, contemplareis á la humanidad rindiéndoos el testimonio de admiracion y de respeto que generaciones más ingratas no os tributaron durante vuestro paso por la tierra; la vereis

elevándoos estatuas y panteones y haciendo correr de boca en boca vuestros nombres pronunciados siempre con veneracion y afecto. Y á la vista de esto, se regocijarán vuestras almas imperecederas con un placer tambien imperecedero, y por bien empleadas dareis vuestras penalidades en el mundo y el poco aprecio que á vuestras dotes prestáran vuestros contemporáneos, como, de seguro, por bien empleadas darán Cervantes y Colon, á quienes no hace mucho yo citaba, su escasez, sus desengaños y su mísera existencia por la tierra á la vista del asombroso espectáculo que su ingenio y su talento proporcionan hoy al mundo.

Debeis, pues, consagrar vuestros esfuerzos, vuestra actividad toda, vuestros constantes desvelos á procurar ser ilustrados, á procurar ser sabios, á procurar conseguir la gloria que esto reporta, ya la alcanceis durante vuestra vida, ó ya despues de muertos en el decurso de los tiempos.

Mas descendiendo un poco de las sublimes regiones á que acabamos de elevar la importancia del saber, y llegando á tratar de inquirir su importancia en lo que á la vida práctica y ordinaria se refiere, nos encontramos con que la ilustracion del individuo y su amor al trabajo son tan importantes para la sociedad en general al propio tiempo que para él mismo en lo que á este respecto se refiere, como grande hemos visto podia ser la gloria que con la ilustracion alcanzase, si bajo este punto de vista simplemente se apreciaba. Si ántes os estimulaba á ser trabajadores y á procurar ser sabios por conquistar la gloria, ahora os estímulo tambien á que lo seais por el dulce placer de saber mucho, por la utilidad siempre apreciable en la vida, siquier sea un sentimiento un poco egoista, pero así es el hombre y de él y á él nos referimos cuando hablamos,

porque así, siendo trabajadores é ilustrados, llevais gran parte del camino recorrido para ser tambien honrados, y porque vuestra ilustracion é incansante trabajo puede ser, y es en efecto, ventajoso por demás á vuestra patria y á vuestros semejantes. Sí, Señores, sí lo es; porque, como dice un elocuentísimo orador, el hombre ilustrado, el hombre trabajador, teje y viste; labra y reparte el vino de la vida entre todos los hombres; cincela y puebla de estátuas el mundo; pinta y anima las tablas y los lienzos; se llama Franklin, y le roba á las nubes el rayo; se llama Wath, y entrega á la humanidad la fuerza del vapor; se llama Galileo, y obliga á los astros á descender á sus telescopios. Porque el hombre ilustrado y trabajador, añado yo, desde el más humilde hasta el más glorioso, es el verdadero artista, el verdadero sacerdote de la naturaleza, el continuador de sus obras, que habiendo recibido un planeta ágrío, erizado de abrojos, lo ha pulido, lo ha hermoseedo, lo ha hecho más digno del Creador que en los primeros días de la creacion, y, empapándolo en el sudor fecundo del trabajo, lo ha empapado en lo que hay más divino bajo los cielos, en el inmortal espíritu del hombre, y ha hecho que éste reine verdaderamente por todos los ámbitos de ese mismo planeta.

Ahora bien, jóvenes que acabais de ser premiados, ahí teneis las inmensas ventajas que os puede proporcionar el ser trabajadores, el ser ilustrados, el ser acaso sabios. Hoy que estais á tiempo, hoy que esos premios que se os han adjudicado, indican que habeis empezado á emprender la senda que os está trazada para conseguir dicha tanta, no la abandoneis por nada ni por nadie, no cejeis ante los obstáculos que puedan presentarseos, no desmayeis á la vista de dificultades que puedan salir en

vuestro paso, que es mucho mayor el placer de haberlas vencido que grande el esfuerzo necesario para obtener tal resultado. Cualquiera que sea la profesion á que os dediqueis un dia, procurar y poner todo vuestro empeño en brillar siempre en ella al lado de los primeros. Si alguno de vosotros nacido en modesta cuna, que por modesta que sea siempre puede ser honrada, es con el tiempo un modestísimo artesano, procure que las obras que salgan de sus manos sean las más perfectas y acabadas que en su género se hagan: si otro es propio para la vida de las ideas, para la investigacion de la verdad, para las grandes cuestiones que interesan al destino de los seres, si está llamado á ser filósofo, aspire á ser un Platon, un Aristóteles, un Séneca, un Kant, un Rousseau, un Ráulica ó un Balmes: si á otro le place la vida de la fantasía, si le gusta apartarse alguna vez del mundo de la realidad y elevarse á la contemplacion de las cosas y de seres más perfectos que los que conoce y trata en la esfera social, si ha nacido poeta, si quiere ser poeta; si ha nacido pintor, si quiere ser pintor; si ha nacido escultor, si quiere ser escultor, aspire á ser un Moreto, un Alarcon, un Espronceda, un Víctor Hugo, un Rafael, un Ticiano, un Berruguete, un Miguel Angel: si otro para él están demás las teorías y las altas investigaciones, si quiere moverse en terreno más bajo, en el mundo de la industria y de la produccion, si quiere seguir el curso de las mercaderías, acompañarlas en su entrada y salida, comparar sus precios de produccion y de venta, calcular los beneficios, si ha nacido, en suma, para los negocios, si es comerciante, si quiere ser comerciante, aspire á ser un Médicis: y por último, que no quiero cansar más vuestra atencion con ejemplos, si á otro le place hacer un estudio fisiológico y anatómico de la so-

ciudad, averiguar la forma propia para la gobernación de las naciones, y cual otro ginete tomar en sus manos las riendas para conducir á los hombres por el camino de su bienestar; si es hombre político, si quiere ser político, aspire á ser un Pit, un Cavour, un Bismark, un Tiers, un Augusto Nicolás.

Mas para esto es necesario una base sólida, un principio de conocimientos, fundamento de conocimientos ulteriores. ¿Y sabeis dónde podeis encontrar esta base, este principio de conocimientos que más tarde han de encontrar sus naturales desarrollos, al objeto de obtener de ellos brillantes resultados? Pues asistiendo asiduamente á estas, como LA ILUSTRACION NUMANTINA, pequeñas academias, á estos pequeños centros del saber. Y al recomendaros la asistencia á estas academias, á estos ateneos, es por que creo que en ellas podeis encontrar en abundancia las primeras y fundamentales bases del edificio artístico ó científico que más tarde habeis de elevar; y al creer de ellas esto, me veo constreñido á hacer su elogio, cumpliendo al propio tiempo así la última parte de mi cometido al dirigiros hoy la palabra como os indiqué al principio. Y al hacer el elogio de las instituciones como LA ILUSTRACION NUMANTINA, no haré otra cosa sino repetir lo que con el mismo objeto dije al tomar posesion hace tres meses del honrosísimo cargo que hoy me obliga á molestar vuestra atencion. Decia yo entónces que un simple hecho histórico, pero que hablaba muy alto en medio de su sencillez, me bastaba para pintar la importancia de estas academias, sin necesidad de lanzarme á más grandes elucubraciones, por demás sabidas y por demás impresas en el sentir de todo el mundo. Decia: cuéntase que el célebre general inglés que un dia derrotára á Napoleon; cuéntase que el célebre Wellington, cansado de batallar y de reco-

ger laureles por el mundo, de paso una vez por la poblacion donde existia la escuela militar donde de los doce á los quince años aprendiera los primeros rudimentos del arte de la guerra, tuvo afan por visitar el establecimiento que tan gratos recuerdos debia traerle á su memoria. Hizolo así, en efecto, y al abandonar aquella casa donde pasára los años más felices de su vida, dícese que se le oyó exclamar: «No en Jena, no en Marengo, no en Austerlitz ni Waterloó es donde Napoleon y yo respectivamente ganamos las batallas; no: aquí, sobre esos bancos, en esas pizarras, en esos semicírculos que los niños forman para escuchar la voz de los maestros, en estas academias es donde se fraguan las grandes revoluciones de los pueblos, de las artes y las ciencias; aquí, sobre esos bancos, en esas pizarras, en esos semicírculos que los niños forman para escuchar la voz de sus maestros es donde se fraguó el rudo golpe que habia de undir á la poderosa Francia, y el feroz revés de la fortuna que habia de arrojar á casi desierta isla en medio de los mares al coloso de su siglo, al hombre á cuya ambicion le era muy pequeño el mundo entero, al hombre, en fin, que bajo muchos puntos de vista es acaso el más grande que han conocido los siglos.»

Y con esto debiera dar por terminado mi discurso, si no cumpliera á mi deber ahora dedicar cuatro palabras á los dignísimos profesores que, con su abnegacion y su constancia, son causa ocasional de que hoy celebremos aquí la solemnidad que estamos celebrando. Hacer yo el elogio de las dotes que como particulares y como maestros les adornan, fuera, Señores, tarea pueril, ociosa y vana. Son los Sres. Castellanos, Llasera, Ramonacho y Velaz, y basta y sobra con indicar sus nombres para que

de ellos quede hecho el elogio más cumplido. Mas constreñido yo á decirles algo, algo les diré que les halague más que el elogio que hacer de ellos pudiera.

Señores profesores, la juventud es la nueva vida para la humanidad: en lo físico repara las fuerzas debilitadas; en lo intelectual está llamada á combatir los errores; en lo moral, á acelerar el triunfo del bien. La abnegacion y el entusiasmo son sus grandes cualidades; pero necesita ser advertida. El espíritu de la época la preserva de la ignorancia, que es la muerte del entendimiento; no del falso saber, que es vida, pero vida de agitacion y de delirio. ¡ Dichosos vosotros, señores profesores, los consagrados á la enseñanza en cualquiera de sus manifestaciones si contribuís á librar á la juventud de ese peligro y á que adquiera conocimientos sólidos y verdaderos, que es lo único que puede proporcionar á los pueblos días de justicia y de progreso!

HE DICHO.

